

Isaac Moreno Gallo (coord.), *Ingeniería hidráulica romana. VI congreso internacional de las obras públicas romanas. Santo Domingo de la Calzada 7, 8 y 9 de noviembre de 2019, Logroño, Instituto de Estudios Riojanos, 2023, 308 pp. [ISBN 978-84-9960-170-0]*

Javier Martínez Jiménez
Universidad de Granada ✉
javiermj@ugr.es

<https://dx.doi.org/10.5209/geri.95007>

Este libro, como su nombre indica, es la publicación selectiva de las actas del congreso de ingeniería romana realizado en 2019. Se trata de un volumen de tapa blanda, publicado a todo color, con un aparato gráfico de gran calidad, tanto en las fotografías como en los dibujos a línea. En él se incluyen diez capítulos, en inglés y en castellano, que cubren varios estudios interdisciplinarios relacionados en distinta medida con los acueductos romanos. Como es natural en este tipo de publicaciones, la calidad de las contribuciones varía, pero la mayoría aportan o bien información nueva o bien resúmenes útiles de información ya conocida.

Los capítulos colaborativos de Santiago Feijoo y Diego Gaspar (págs. 169-188) y de Juan Gil y José Vargas (págs. 287-308) dan nuevas noticias sobre acueductos de época romana. En el caso de Feijoo y Gaspar, nos encontramos con una publicación más extensa y detallada que las ya existentes (de 2019 y 2020) sobre los nuevos tramos de conducciones romanas identificadas por LiDAR en el entorno de Mérida, que amplían varios kilómetros el recorrido de los acueductos de esta ciudad y que confirman la propuesta cronológica no-romana de las presas de Proserpina y Cornalvo. Gil y Vargas, por otro lado, dan a conocer por primera vez las conducciones que se asocian a las ciudades de *Norba Caesarina* y de *Regina Turdulorum*.

Los dos capítulos en inglés de Paul Kessener (págs. 67-104) y de Cees Passchier y Gül Sürmelihindi (págs. 143-168) ofrecen resúmenes que, aunque no añaden nada nuevo, son unas guías extremadamente útiles para quien quiera ahondar en el tema. El texto de Kessener es un resumen de la tesis del autor (de 2017) sobre el funcionamiento físico y la evidencia arqueológica de los sifones invertidos en el mundo romano, incluyendo sus conclusiones experimentales, pero que supera los trabajos clásicos, como los de Hodge. El capítulo de Passchier y Sürmelihindi subraya diez tipos de información arqueogeológica que se pueden obtener de los estudios de las concreciones calcáreas (desde paleoclima a dataciones, pasando por fases de reparación y mantenimiento), que es de nuevo un resumen de las trayectorias y proyectos de ambos investigadores desde hace más de diez años, siendo éste además un tema muy de actualidad en los estudios de los acueductos.

De igual manera, los capítulos de Roberto Matías Rodríguez (págs. 105-142) y de Manuel Durán Fuentes (págs. 219-238) nos ofrecen unos capítulos muy sintéticos. El primero, muy informado, sobre los sistemas de transporte de agua a las extracciones auríferas de Las Médulas, y el segundo, mucho más flojo, sobre la infraestructura hidráulica en el Próximo Oriente

antiguo. El texto de Matías Rodríguez expone en detalle el planteamiento y funcionamiento de las canalizaciones que suministraban a estas minas de *ruina montium*, que pueden aplicarse y compararse a otras explotaciones auríferas similares como las del Tajo o las de Dolaucothi en Gales. La contribución de Durán Fuentes, por otro lado, es un resumen muy somero e incompleto de la infraestructura hidráulica de Egipto y Mesopotamia, usando ejemplos desde el Neolítico hasta la época helenística, con unas graves carencias bibliográficas para un tema demasiado amplio y complejo para ser tratado en una ponencia de congreso.

Es este capítulo en particular el que mejor ilustra la otra mitad del libro, la que incluye los otros cuatro capítulos escritos por autores que no provienen del ámbito de la arqueología o la historia (Moreno Gallo, págs. 13-66; de la Peña Olivas, págs. 189-218 y 239-254; Sánchez Sánchez, págs. 255-286). Aunque sus propuestas interdisciplinarias realmente ponen de manifiesto algunas carencias técnicas de los arqueólogos que estudian las infraestructuras antiguas, pecan de ver la paja en el ojo ajeno, escudándose en que sus propuestas son más científicas (e implicando, por ello, que son más objetivas, más veraces, y menos interpretativas) que las del resto. La conclusión, implícita que no explícita, tiene una larga tradición, donde se pueden denostar los estudios históricos (y a los expertos en la materia) y que los convierte, por lo tanto, en temas en los que cualquiera sin formación específica puede opinar y publicar.

Y, desde luego, toda contribución es bienvenida para mejorar y ampliar nuestro conocimiento del pasado. El primer capítulo de de la Peña Olivas ofrece una buena explicación con ideas que considera no han sido tenidas en cuenta sobre cómo abordar los cálculos hidráulicos en los acueductos romanos. Ahora bien, el nivel de datos necesarios para poder realizar estos cálculos es imposible de obtener en muchas de las conducciones romanas del imperio, y estas nuevas respuestas no son necesariamente a preguntas con un objetivo histórico, como sería proponer hipótesis para poder localizar tramos nuevos (cf. p. 195). El capítulo de Sánchez Sánchez propone dudas válidas sobre el funcionamiento del ninfeo de *Valeria*, pero especificar que su propuesta como cirujano se hace desde el método hipotético-deductivo (p. 258) implica que los estudios anteriores no lo hicieron.

Este es el problema de base en estos cinco capítulos, en los que lo que se promulga es un discurso donde es la Ingeniería Hidráulica (con mayúsculas) la que facilita el surgimiento de la “civilización” merecedora de ese nombre (cf. p. 219). Es dentro de este discurso donde se dice con convicción que la de los romanos era “una civilización muy avanzada en todos los campos de la ciencia” (p. 39), que los romanos eran “verdaderos científicos de la construcción” (p. 54) y que al fin del imperio hubo un “oscurantismo en el desarrollo tecnológico de nuestros colegas de entonces [que] evita que nuestros descendientes puedan estudiarlo adecuadamente” (p. 253). No es ya solo el uso indiscriminado de términos tan cargados como “civilización” y que presenta a los romanos dentro de un paradigma científico-burgués del s. XIX; este es un discurso que equipara a los romanos de entonces con los ingenieros de hoy en día, unidos por su conocimiento técnico, buscando una superioridad científica en el mundo romano que está fundada en planteamientos decimonónicos, cuando no racistas, encontrando así una autojustificación en el mundo clásico que no tiene cabida en un mundo postcolonial.

El mejor ejemplo de este problema, y la razón por la que existe el libro, es el capítulo inicial, firmado por el coordinador de la obra, Isaac Moreno Gallo. Dentro de su actual proyecto, el autor busca “dar la vuelta como a un calcetín a muchísimas obras antiguas” (Moreno Gallo, com. pers.) para darles una fecha no romana, ya que uno de los problemas fundamentales que él encuentra es que los arqueólogos publicamos “documentos inflacionistas que recogen grandes colecciones de arquerías romanizadas sin fundamento” (p. 60). Al señalar a los arqueólogos y a las instituciones públicas en su conjunto como responsables de ofuscar los datos y negar sus interpretaciones, lo que hace el autor es subirse al tren del antiintelectualismo, tan en boga desde la postverdad de 2017 y la pandemia de 2020. No es sorprendente, por lo tanto, que su investigación esté promovida y divulgada mayoritariamente a través de las redes sociales, con un alarmante número de seguidores a los que les atrae el discurso que desmonta el consenso académico y les ofrece una verdad que, a su parecer, los expertos les niegan.

Desde un punto de vista teórico, Moreno Gallo deriva su posición de las propuestas en contra de la cronología romana de las presas de Cornalvo y Proserpina que ya hiciera Santiago Feijoo en 2005 y 2006 (pp. 50-59), pero que lleva más allá. Buscando en Roma una sociedad avanzada y científica que únicamente utilizaba en los contextos urbanos agua pura y potable, niega la utilidad de los azudes para los acueductos (p. 50) o la existencia de cisternas que recogieran agua de lluvia (pp. 31 y 47-48), tomando como punto de partida y extrapolando una lectura literal, incompleta y sin comentar el contexto historiográfico de Vitruvio y otros autores como Plinio (p. 33). Defiende también las letrinas como símbolo de las capacidades y filosofías higiénicas romanas (pp. 18-22), sin considerar que las letrinas no tenían ninguna manera de obstruir el contraflujo de desechos, que a pesar del ideal teórico no siempre tenían agua fluyendo, y que no había ningún elemento en su diseño que sirviese para evitar que las mismas ratas que dice plagaban Constantinopla (p. 32) trepasen del alcantarillado a la calle.

La falta de base histórica, fondo bibliográfico y comparativo, y planteamiento crítico fuera de su revisión cronológica patentes en el capítulo llevan al autor, nada más comenzar su texto (p. 14), a equiparar inhumación con cristianización al hablar de una ley del s. II a.C. que Frontino recoge en época de Trajano (Front. Aq. 127). Casi a renglón seguido (p. 15), insiste sin matizar que los sistemas de agua se planteaban en época romana con el interés público primando sobre el privado. Sin embargo, estas faltas son más evidentes en los párrafos que dedica a la antigüedad tardía. Primero buscando el fin de los acueductos en la desaparición de la administración imperial central (p. 23). Y segundo, y más grave, unas páginas después (p. 32), cuando no sólo continúa utilizando un lenguaje sesgado y cargado (sobre la construcción con material reciclado habla de los “despojos de los formidables monumentos paganos condenados por el cristianismo”), sino que aparte de decir que las cisternas de Constantinopla eran un “nido de ratas” y “caldo de cultivo” para la peste, dice que en la Constantinopla del s. VI (la ciudad de Justiniano, Hagia Sophia y del acueducto de 470 km) se construía con “un nivel técnico muy deficiente”, pues la “técnica estaba en decadencia, tanto como el resto de la ciencia y forma de vida de la *Roma Aeterna*”, y donde se dio “el pistoletazo de salida a la miseria técnico-científica medieval tras la muerte de la ingeniería sanitaria romana”.

En el capítulo encontramos párrafo tras párrafo sin citas ni referencias, donde el autor es él mismo su propio argumento de autoridad, como si estuviera en uno de sus video-ensayos para redes sociales. Su crítica a la metodología arqueológica, desde su postura como ingeniero (léase “técnico”, “científico”, “objetivo”), cae en los mismos errores de los que él acusa de falta de conocimientos específicos en el tema e incluso de mezquindad interpretativa. Concluye su diatriba con una clara solución a este problema: sólo un análisis científico (dentro de su concepción de “ciencia”) es capaz de validar la cronología (romana o no) de los acueductos. Propone que estos análisis se deben basar en su interpretación de las técnicas constructivas (no en las subjetividades de los arqueólogos) y en las cronologías absolutas obtenidas por termoluminiscencia, culpando a la administración de no querer hacer ese tipo de análisis (p. 60). Es más, publica sin ninguna especificación sobre la toma de las muestras o la estratigrafía, ni caveats, ni referencias a las metodologías de análisis, que la conducción de Andelos es del s. XIX y que el acueducto de San Lázaro es del s. IV, ignorando para su interpretación, eso sí, la fecha del s. VI que también le da el laboratorio (p. 61) y las contestaciones que le vinieron desde la arqueología.

Hace más de treinta años que Trevor Hodge editó *Future Currents in Aqueduct Studies*. Para entonces ya estaba bien asentada la idea de que los acueductos no eran solo los tramos en arcos, algo que se ignora u olvida en la lectura de varios capítulos de este volumen. Pero ya entonces se proponía la necesidad de los estudios interdisciplinarios aplicados a las conducciones romanas, no sólo desde la arqueología o desde la ingeniería o la arquitectura. En este libro, a pesar de algunas muy buenas y muy útiles contribuciones, el hilo argumental y discursivo parece saltarse estos treinta años de colaboraciones, mejor o peor hechas. Paradójicamente, el libro acaba siendo similar a los trabajos de Carlos Fernández Casado, tan atacado a lo largo del volumen: una visión desde la ingeniería de unas estructuras que aunque no sean ya únicamente tramos de arcos, se les acaba eliminando el contexto arqueológico y medio-interpretando su contexto histórico.